

## A LUCÍA MIRANDA LA PERDIÓ SU BELLEZA

(La verdad sobre la leyenda de Lucía Miranda)

Daniel Fermani\*

### Introducción

**E**n 1612 el mestizo Ruy Díaz de Guzmán escribió la primera crónica de la conquista y colonización del Río de La Plata. Estos escritos, que recién salieron a la luz en el siglo XIX, fueron bautizados “*La Argentina manuscrita*”. Allí Ruy Díaz de Guzmán construye la leyenda del fuerte Sancti Spiritus, primera colonia española erigida en la ribera del Carcarañá casi en la confluencia con el Río de la Plata, actual provincia de Santa Fe, por la expedición liderada por Sebastián Caboto. La finalidad de Caboto era encontrar la ruta fluvial del oro y la plata, las legendarias riquezas del Alto Perú. En su crónica, Ruy Díaz pretende cancelar la cobarde huida de los españoles ante el embate de los aborígenes timbúes, hartos de la prepotencia y las humillaciones a que los sometían los invasores. Después de dos años de malos tratos, los timbúes organizaron la resistencia armada y consiguieron expulsar a los españoles y destruyeron el fuerte. Este primer cronista, nacido en Asunción del Paraguay y nieto de una indígena guaraní, inventó la que después sería la leyenda de Lucía Miranda, una bella española hecha cautiva por los timbúes y sacrificada en la hoguera por devoción a su marido, el capitán Sebastián Hurtado. Ruy Díaz de Guzmán, de este modo, echa las bases para la tradición histórica de desprecio hacia los pueblos indígenas de Sudamérica y preeminencia y superioridad de los conquistadores europeos.

\* El autor pertenece a la Universidad Nacional de La Rioja (Argentina) – Universidad de Congreso (Mendoza, Argentina), Correo electrónico: [danielfermani@danielfermani.com.ar](mailto:danielfermani@danielfermani.com.ar)

**VERSOS DEL PREGONERO**

Fue en el mil seiscientos doce,  
 Ruy Díaz se llamó el hombre  
 Que de una india era nieto,  
 pero de España fue siervo.  
 Esta historia que les cuento  
 De amores y desencuentros,  
 De indios y sacrificios  
 Todita ella fue su invento.  
 Allá en el Carcarañá  
 Vivían lo más tranquilos  
 Los timbúes y su pueblo,  
 Y sus caciques hermanos  
 Mangoré y Siripo fueron.  
 Llegaron los españoles  
 Grande fuerte construyeron,  
 Y a los indios como esclavos  
 Muy pronto los sometieron.  
 Con ellos –dice el cronista-  
 Mujer de enorme belleza,  
 Lucía Miranda llegaba  
 Con aires de gran nobleza.  
 Se enamoró Mangoré  
 Y secuestró a la muy bella;  
 Fuerte y naves incendiaron  
 Los indios en su querella.  
 Pero en la cruenta batalla  
 Cayó Mangoré, y su hermano  
 Heredó a la española  
 Que lo embrujó con su encanto.  
 Él desconfiado y moreno,  
 Ella cristiana y muy fina,  
 El marido que se vuelve  
 Y el drama que se perfila.  
 Muere Lucía en la hoguera,  
 El marido flechado es,  
 Y así termina la historia  
 Que se inventó este marqués.  
 La verdad quedó escondida  
 Muchos siglos y decenios,  
 Para dejar que a los indios  
 Les robaran hasta el sueño.  
 Así la historia escribieron  
 Desde entonces los traidores,  
 Y todito se llevaron,  
 Al indio lo esclavizaron,  
 Y de animal o trataron.

Lo que ustedes van a ver  
 Es el sueño de Siripo  
 Y su hermano Mangoré,  
 De aquel mestizo Ruy Díaz  
 Lo que nos hizo creer.  
 Juzguen ustedes buen público  
 De estos actores el arte,  
 Y con su aplauso lo paguen  
 Si lo que viesan les place.

## ESCENA PRIMERA

CADA PERSONAJE A SU BAGAJE

**MANGORÉ-** ¿Alguien vio a Lucía Miranda?

**RUY DÍAZ DE GUZMÁN** – *“Dicen que paseaba junto a las empalizadas del fuerte. Era blanca como la tarde cuando el sol se enfría para abrir las sábanas del crepúsculo, y su cabello ondeaba junto a la brisa, que refrescaba sus manos en el río para peinarla con invisibles dedos. Sus pasos eran tan suaves que los pájaros acallaban sus cantos desde las ramas de los altísimos árboles, y entre el follaje siempre verde espían con ojos de enmudecido azabache su figura, para escuchar con sus oídos invisibles el crujido de la arena bajo sus pies. Tan dulce y ajena caminaba que no veía los ojos afebrados del cacique de los timbúes que la espían entre el ramaje espinoso, temblando sus brazos y sus piernas de deseo y de delirio”.*

**MANGORÉ-** Yo, Mangoré, jefe del pueblo timbú y señor de estas tierras, voy a atacar el fuerte de los invasores, voy a matar a todos sus hombres y me voy a quedar con la española. Esa Lucía que me trae con las piernas como tizones ardientes.

**SIRIPO** – No hermano. Los timbúes hemos sido pacíficos con los invasores. Les damos frutos y animales, y ellos...

**MANGORÉ-** Y ellos nos dan pura mierda hermano. Aquí se ha de hacer mi voluntad, porque soy el mayor y por lo tanto el que manda al pueblo de los timbúes de ésta y la otra orilla del río sagrado.

**RUY DÍAZ-** *“Se aproximaba la aurora desplegando su cabellera de seda, y las murallas del fuerte de Sancti Spiritus veían al noble Sebastián Hurtado que preparaba sus enseres para embarcarse con sus hombres en busca de comida. Lejos estaba la patria dorada, sus castillos y los salones de renombrada elegancia. Aquí la selva insidiosa y los ríos profundos ceñían a este puñado de valientes que se aventuraban en tierras de infieles. Orden era del capitán Sebastián Caboto, jefe de esa expedición que había fundado el primer fuerte del Río de la Plata, que se aventurasen por esos cauces tumultuosos a buscar alimento para la nueva colonia. Con el favor de dios y la protección de la Virgen, los españoles*

*deberían regresar pronto cargados con los misteriosos frutos de esa tierra”.*

**CHAMÁN-** ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿quién va a desmentir esas patrañas, ahora que los dioses de la selva y del río se han quedado callados? ¿Qué voz se va a levantar para contar la verdad en estas tierras que ya dejan de ser de quienes eran para empezar a ser extrañas a sus propios hijos? ¿Qué cuenta ese viejo salamero que quiere inventarse una leyenda para agradar a sus señores allá del otro lado del mar, y hacerse venerar por los que van a venir?

Río, río sagrado que has visto nacer al pueblo Timbú, contáanos la historia de sus desventuras y decinos la verdad sobre mis hermanos indios que se hartaron de los abusos y los malos tratos de los españoles, y que un día decidieron echarlos de sus tierras, y de hacé la madeja de esa leyenda escrita para humillar a mi gente y quitarle lo suyo.

## **ASÍ EMPIEZA LA LEYENDA**

### **ESCENA DOS**

*TODOS AL TEATRO*

### **SE ABRE UN TEATRO Y APARECEN LOS ACTORES**

**MANGORÉ** – No vivo. No puedo vivir. No puedo ni comer ni saborear el dulce de los frutos que me da la selva, ni refrescarme en el espejo del río, porque en la carne transparente del agua se me dibuja la cara de esa española que se llama Lucía. El viento que viene del mar me llena de sal la boca. Boca que quisiera recorrer esos pies de purísimo camalote para subir hasta donde la mujer se hace mujer y el hombre encuentra su razón y su secreto. Ay Lucía, Lucía Miranda, qué dioses desconocidos te habrán hecho tan hermosa, para que las ondas estremecidas de nuestro mar te trajeran hasta la orilla del río sagrado, donde siempre vivió mi pueblo, mi pueblo Timbú, que nunca conoció belleza como la tuya.

Después de todo, ¿qué es el amor? ¿El deseo de poseer? ¿Es algo más que eso? ¿Existe el amor sin ese deseo? Si mi amor se alimentara de palabras, o ni siquiera de eso, si persistiera sereno como las aguas del río, que corren sin cesar, indiferentes a los colores del cielo, al sol o a la luna. Si mi amor fuera silencio.

Pero no, comprendo que el amor humano es la mayor expresión del egoísmo del espíritu. Tal vez es ésta y no otra la condición del hombre. Se es hombre por la concreción del propio egoísmo, la avaricia material de saber, saber y por lo tanto poseer. Nada soy sin mi posesión. ¿Soy hombre si estoy solo? ¿Cuál es mi condición de hombre si no poseo mi propio reflejo en otra persona?

Yo Mangoré, cacique de los timbúes, ¿sería el mismo sin mi pueblo, sin mi nombre, y sobre todo, sin mi ambición de apoderarme del objeto de mi deseo? ¿Acaso Lucía no existe fuera de mí? ¿Es ella misma sin Mangoré? ¿Mi adoración hace algo por su ser, por su condición humana?

Soy un hombre, o soy un nombre.

No sé cuál es la diferencia.

**RUY DÍAZ** – No, no, nada que hacer. Esos salvajes iletrados no podían hablar con esa elegancia y esos giros, como hablaría un cortesano del reino de España. Pero, ¿de qué otra manera resaltar la belleza y las virtudes de Lucía Miranda frente a la brutalidad de los indígenas? A ver...

**SIRIPO** – Hermano Mangoré, es hora de volver al pueblo. Dejé de espiar a los extranjeros. Los españoles no nos quieren ni jamás nos van a considerar como ellos. ¿Para qué les enviás regalos de frutos y animales para sus mesas? Tejidos de colores hechos por nuestras mujeres y alfarería de la mejor que modelan nuestros artesanos terminan ahí, en esa fortificación de palos y barro con que los invasores se creen que van a asustarnos.

**MANGORÉ** – Callate la boca Siripo. Vos sos el segundo en el poder, y mi voz llega antes que la tuya a la casa de los dioses. Es mi voluntad que se trate a los extranjeros con todos los deberes que se tienen con los huéspedes que vienen de lejos. Ellos no nos han hecho daño.

**SIRIPO** – Ellos han invadido nuestra tierra. La tierra de nuestros antepasados. Han levantado en la costa del río sagrado un fuerte y han construido alrededor sus casas.

Llegaron del mar lejano y nos miran como nosotros miramos a los animales peligrosos que acechan el pueblo. Ellos no son amigos, Mangoré. Y antes o después te vas a dar cuenta.

**MANGORÉ** – Mientras yo sea tu hermano mayor vas a obedecerme. Y mi voluntad es que respetes a los extranjeros.

**SIRIPO** – Antes no hablabas así de los hombres llegados de lejos. Asco te daban. Como asco sus costumbres y su olor rancio de pescado muerto. Ha sido esa española, Lucía Miranda. Esa mujer te ha engualichado. Con sus andares de gran señora, siempre mirando quién sabe adónde, tal vez hacia donde se encuentra ese dios que ellos tienen, ése que sangra y castiga. O será que su dios está en todas partes y espera el momento para echársenos encima y devorarnos, como el yagüareté a su presa.

**MANGORÉ** – No vuelvas a hablar así de esa mujer, porque un día va a ser mi mujer, y también tu señora.

**SIRIPO** – Señora mía no sería si estuviera a mi alcance, sino otra cosa. Pero por el respeto que te debo no voy a seguir hablando.

**MANGORÉ** – Más te vale hermano. O mi brazo se va a levantar contra vos, y no es ley natural que un cacique se vuelva contra quien es de su misma sangre.

**SIRIPO** – Tu brazo y tu poder deberían levantarse contra los extranjeros. Ellos son el peligro para nuestro pueblo, y vos tenés el deber de defender a los timbúes. Esa mujer te ha enceguecido el alma Mangoré, y un hombre con el alma ciega se pierde en una selva de donde no se puede salir.

**MANGORÉ** – ¡Callate Siripo! La española no me ha enceguecido, sino que me ha abierto los ojos.

**SIRIPO** - ¿Ahora vas a creer en esas historias absurdas que te cuenta? ¿Te vas a echar rodillas por tierra para adorar a ese dios invisible del que habla? ¿Cuándo mi hermano, el cacique timbú, desconoció al padre Ñamandú y al río sagrado?

**MANGORÉ** – Los ojos que se me han abierto no son los ojos de la cara Siripo. Veo cosas que antes no conocía, y ella me las hizo ver.

**SIRIPO** – Yo también veo cosas, hermano Mangoré. Veo el peligro, veo la avaricia en los ojos de los españoles, y veo la ruina de nuestro pueblo. Los extranjeros no se van a conformar con ese simulacro de fuerte que han construido a las orillas del río, ni con esas chozas de barro y palmas. Van a venir más, y después de esos, otros van a seguir llegando en esas naves de madera cóncava, y van a

levantar murallas que van a tapar el sol, y van a prohibir el paso por estas tierras a quien no sea como ellos, y no les van a alcanzar los frutos y los animales que hasta ahora les hemos regalado, ni las vasijas ni los tejidos. Van a querer oro y plata, y piedras brillantes, y van a hacer más armas y nos van a matar Mangoré, escuchame lo que te digo, antes de que nuestros hijos hereden las tierras que nos dieron nuestros antepasados, los españoles nos van a matar a todos.

**MANGORÉ** – Estás delirando Siripo. Nosotros somos miles, y ellos un puñado de hombres.

**SIRIPO** – No Mangoré. Ellos van a ser miles, y de nosotros va a quedar un puñado de mendigos harapientos.

**LUCES DE RELÁMPAGOS Y TRUENOS REALIZADOS CON VIBRAR DE CHAPAS. GRITERÍO DE INDÍGENAS. O PODRÍAN SER LOS ESPAÑOLES, QUE ANTE EL MIEDO TODOS LOS GRITOS HUMANOS SE PARECEN.**

### **ESCENA TRES**

*LA PLEGARIA DEL CHAMÁN, QUE ES UN VISIONARIO*

**CHAMÁN** – Padre Ñamandú, padre del corazón grande, si estás mirando esta tragedia, escucha mi llamado. Volvó a la tierra imperfecta, padre Ñamandú. Porque se acerca nuestro fin, y no es lo que habías prometido. ¿Acaso estos hombres venidos de lejos significan que vamos a irnos todos los timbúes a la tierra sin imperfecciones? ¿La muerte que nos espera, y peor que eso, la humillación y el despojo, son la prueba final?

Esa mujer de cabello claro y ojos más profundos que el Carcarañá, ¿es tal vez la reencarnación de Caá Porá, el fantasma femenino de las selvas?

¡Ay, dioses de mis antepasados!, ¡ay, espíritu del río y de la selva! Las fronteras entre la verdad y la mentira se han borrado en la tierra de los timbúes. Ya se aproximan las desgracias que acabarán con nosotros, y nuestro recuerdo va a ser la pesadilla de la que se despierta con gozo. Pero nosotros, mi pueblo y yo, ¿nos vamos a despertar?

¡Si mi sombra pudiera espantar esa otra sombra: el dios de los extranjeros, vengador y rencoroso!

## ESCENA CUATRO

RUY DÍAZ PIENSA Y ESCRIBE

**RUY DÍAZ** – *“Aunque el discurso de largos años suele causar las más veces en la memoria de los hombres mudanzas y olvido de las obligaciones pasadas, no se podrá decir semejante razón de Alonso Riquelme de Guzmán, mi padre, hijo de Rui Díaz de Guzmán, mi abuelo, vecino de Jerez de la Frontera, antiguo servidor de esa ilustrísima casa, en la cual, habiéndose mi padre criado desde su niñez hasta los 22 años de su edad, sirvió de paje y secretario del Excelentísimo señor don Juan Alarcón de Guzmán, y mi señora la Duquesa doña Ana de Aragón, dignísimos abuelos de vuestra Excelencia, de donde el año de 1540 pasó a las Indias con el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, su tío, gobernador del Río de la Plata, a quien sucediendo las cosas más adversas que favorables, fue preso y llevado a España...”*

¿Estará bien este comienzo? Es importante enumerar el abolengo. No por haber nacido yo en esta tierra impía tengo menos linaje que uno nacido en España, la cuna de mi familia.

Es cierto que mi madre era mestiza

Pero eso no es menester mencionarlo.

A ver, ¿por dónde iba?

Claro que para dar mayor lustre a la primera expedición, y para que resalte la raza de valientes que fundó el fuerte Sancti Spiritus, será indispensable introducir la virtud bajo la forma de la belleza, enfrentada al deseo animalesco y a la furia del salvajismo... *“El “cariño cristiano” que esta noble dama, esposa del oficial español Sebastián Hurtado, demuestra al cacique Mangoré, será malinterpretado...”*

## ESCENA CINCO

MANGORÉ ESTÁ COMO HIPNOTIZADO

**MANGORÉ** – Ella me demuestra su amor, estoy seguro.

**CHAMÁN** – Mangoré, no te engañes. Ella habla otra lengua.

**MANGORÉ** – No es el idioma, no, querido chamán. Es su mirada, sus manos



tan suaves, su voz que me acaricia cuando me habla.

**CHAMÁN** - ¿Y de qué te habla? ¿de los dioses que se trajeron de allá, del otro lado del océano? ¿Esos dioses que te observan siempre para ver cuándo te pueden castigar?

**MANGORÉ** – Sí, también de eso me habla. Me cuenta de su pueblo, más allá de las saladas praderas de agua tempestuosa. De un sonido que escapa de unas torres en el atardecer, un sonido de metal que los hace ponerse de rodillas. Entonces le piden a su dios, chamán

**CHAMÁN**- Qué conmovedor. ¿Y qué habría que pedirle a ese dios que ya lo tiene todo decidido? Yo me huelo que ese dios nos quiere a toditos muertos.

**MANGORÉ** – Ella no, chamán. Ella me habla de vida, de una vida en un lugar maravilloso, donde no existen las penurias ni los males. Se llama paraíso, y nos vamos a ir después de muertos.

**CHAMÁN** - ¿Ah sí? ¿Después de muertos? ¡Mirá vos! ¿Y mientras tanto? ¿Ellos para qué quieren nuestras tierras y nuestra comida si se van a ir a ese lugar tan maravilloso? ¿No será que nos quieren mandar a nosotros ahí para quedarse ellos con este lugar de acá? Aquí no nos falta nada, Mangoré. La selva nos da los frutos y la carne, y el río sagrado los peces y el agua necesaria para la vida. La tierra es fértil y hay espacio para nosotros y nuestros hijos. Desde hace innumerables lunas los timbúes habitamos esta costa con la tutela de nuestros dioses. ¿Qué lugar puede ser mejor que nuestra casa?

Paraíso dice.

Si buscan otro lugar será porque el de ellos no es bueno.

Y encontraron éste. Pero aquí estamos nosotros, Mangoré y tu hermano Siripo y tu pueblo timbú.

Para quedarse acá van a tener que matarnos.

**MANGORÉ** – Basta chamán. Vos no podés comprender lo que es el amor.

**CHAMÁN**- Pero sí puedo ver lo que hacen las calenturas. Metete en el río sagrado, Mangoré. Dejá que el agua del Carcarañá te refresque bien los *sentidos*, que si seguís así nos vas a prender fuego el poblado.

**MANGORÉ** – Lo mío sólo tiene un remedio, chamán. Y creo que ya ni yo lo puedo evitar.

**CHAMÁN** – Vos menos que nadie, Mangoré. Que los espejismos son más letales que la mordedura de la yarará. Y a vos te ha mordido una ilusión, y tu sangre se te ha hervido como se le hierve la sangre al yagareté cuando se acerca al poblado y espía a las mujeres que hilan sentadas a la sombra del tupido ceibo; sangre de *kurupa* y te ha venido.

Vas a arrastrar a tu gente en tu locura.

**MANGORÉ** – No tengo elección.

## **ESCENA SEIS**

*TODO DEPENDE DEL CRISTAL CON QUE SE MIRE*

**MANGORÉ QUEDA SOLO. POR EL AIRE SOBRE SU CABEZA PASA LA FIGURA DE LUCÍA MIRANDA. EL CACIQUE SE QUEDA EXTASIADO CONTEMPLÁNDOLA. EL SIMULACRO DE LUCÍA DESCIEENDE Y LE HABLA.**

**LUCÍA** – Querido cacique Mangoré, ¿ve esta cruz que llevo sobre el pecho? Es el símbolo de Cristo, y cuida de mi alma. Dejá que cuide también de la tuya, aceptalo como tu dios..

**MANGORÉ** – Se señala el pecho, y hace un gesto amoroso. Después acerca la mano a mi pecho. ¡Quiere decirme que estoy adentro de su corazón, y que su amor es mío!

**LUCÍA** – Cristo es el hijo de Dios. Murió en la cruz y al tercer día resucitó de entre los muertos, y subió al cielo para vivir en la gloria eternamente. Si vos lo amás como yo lo amo, un día ambos nos vamos a encontrar allá arriba.

**MANGORÉ**- Con manos blanquísimas me está haciendo gestos de amor, y sus dedos forman el número tres. Ahora señala al cielo. Comprendo Lucía, querés decirme que cuando el sol pase tres veces por sobre la selva, yo te busque para que nos vayamos juntos.

**LUCÍA** – El día del Juicio Final, Jesús va a volver para juzgar a los vivos y a los muertos, y a los virtuosos se los llevará consigo para vivan para siempre en el paraíso.

**MANGORÉ** – Extiende los brazos y señala el río y la selva. Quiere decirme que ésta será desde ahora su morada. Y se señala a sí misma y me señala a mí, para hacerme comprender que viviremos juntos como señores de la tierra de los timbúes.

### **EL SIMULACRO SE ELEVA Y DESAPARECE EN EL AIRE**

**MANGORÉ** – ¡Lucía! ¡Lucía! ¡No te vayas! ¡Comprendo el mensaje que me has enviado! ¡Cuando el sol pase tres veces por el cielo, mi pueblo va a destruir tu prisión para que yo te pueda llevar conmigo! ¡Conmigo, Lucía, para ser la señora de todos los timbúes!

### **MANGORÉ CAE EN DELIRIO. SIRIPO INTENTA RESCATARLO. MANGORÉ SE ENFURECE**

**SIRIPO** – Esa perra, esa mala actriz naturalista. Como una sirena del bosque ha hecho enloquecer a mi hermano Mangoré. Si la tuviera a mi alcance.

**MANGORÉ**- ¡Andate Siripo! ¡Andate lejos! No quiero ver otra cara que la suya. No quiero escuchar otra voz más que la suya.

Ah, que descuido los padres antiguos. Qué descuido la selva y el río sagrado. Qué descuido en el orden primordial de los elementos hizo que esta mujer que me ha robado el alma llegara hasta aquí con otro hombre, con otro idioma, con otro dios.

¿Pero existen esas cosas?

¿Existe algo más que ella?

Ella con su presencia borra los silencios y las voces. Aunque sus palabras son tan dulces como el néctar de las flores, no importa lo que dicen. Palabras de amor son, de otro modo no serían pronunciadas con tanta delicadeza y tanto desvelo. Sus ojos no pueden mentir. Esa mirada más honda que el río y más ardiente que la selva espesa me llama. "Mangoré", me dice, "*vení a buscarme, que me voy a ir con vos a tu pueblo...*"

Yo sé que eso es imposible.

Y porque es imposible lo quiero.

¿Cuál es su mundo? ¿Cómo es ese otro mundo? ¿Un lugar en donde las personas están vestidas de pies a cabeza, temiendo que alguno de sus actos, sus palabras o sus pensamientos ofendan a un dios que todo lo ve, todo lo escucha, todo lo castiga? Un dios que mandó a estos hombres armados de hierro para apoderarse de nuestra tierra. Entonces yo, ¿por qué no puedo adueñarme de esta mujer? ¿Qué dice su dios? Habla una lengua que no comprendo, ¿me castigará lo mismo, aunque yo no comprenda lo que dice?

¡Mangoré no va a escuchar a otro dios que al grito de sus entrañas!

¡Mandame, sangre, reventá mis venas y encendeme los ojos, cerrame los puños, endureceme las piernas y el pecho, que voy a la guerra!

**SIRIPO** - ¡Estás loco Mangoré! Atacar a los extranjeros y echarlos de nuestras tierras es la ley de la justicia, pero robarte a esa mujer extranjera y traerla a nuestro pueblo no es digno del cacique de los timbúes.

**MANGORÉ**- Callate Siripo, que si fueras otro y la sangre no te denominara mi hermano, ya habría usado la fuerza mis puños para enseñarte quién es el jefe aquí.

**SIRIPO** - ¿Ves Mangoré? ¿Te das cuenta cómo esa Lucía Miranda nos ha llevado a la disputa, y desde ese fuerte de madera y barro divide a los timbúes y siembra la futura ruina de nuestro pueblo?

**MANGORÉ** - ¿Qué estás diciendo? Ella es tan inocente y tan pura como los ojos que de noche abre el río sagrado para mirar las estrellas que bajan del cielo. Yo voy a hacer la guerra para traer a Lucía conmigo, y vas a tener que aceptar mi voluntad o vas a ser expulsado del pueblo timbú.

**SALE MANGORÉ**

**SIRIPO**- Ah qué necedad puede provocar un espejismo. Con su veneno los extranjeros lo han embrujado, y bajo la forma de esa mujer han drogado su alma de guerrero. Nada más que desgracias nos va a traer su locura, desgracias y mal nombre a los que éramos dueños del río y de sus selvas. Pero nada puedo hacer más que seguirlo. Así son las leyes que nunca fueron escritas y que heredamos de nuestros antepasados.

No se diga que Siripo le tiene miedo a la muerte.

## **ESCENA SIETE**

*ATAQUEN EL FUERTE, ¿CÓMO MUERE MANGORÉ?*

**LOS TIMBÚES, AL MANDO DE MANGORÉ, ATACAN EL FUERTE SANCTI SPIRITUS. LOS GRITOS ESPANTAN A LOS ANIMALES DE LA SELVA Y A LOS PÁJAROS DE LOS ÁRBOLES. PERO NO SE PODRÍA SABER SI SE TRATA DE LOS GRITOS DE GUERRA TIMBÚES O ALARIDOS DE DOLOR DE LOS ESPAÑOLES.**

## **ESCENA OCHO**

*LAMENTO Y DECLARACIÓN DE SIRIPO*

**SIRIPO** - ¡Desgracia! ¡muerte! ¡Ah pobre pueblo timbú! ¡La maldición de esa mujer ha caído sobre nuestro destino! Yo le había advertido a Mangoré. La española está embrujada, y nos va a traer muchos males. Pero estaba como ciego, no me escuchaba a mí ni habría escuchado a nadie. Una voz, que no era de este mundo, le hablaba desde adentro. Y esa voz lo llevó a la muerte.

Cuando la batalla estaba ganada, y de los españoles quedaban las tripas sembradas en el suelo de tierra apisonada del fuerte, destrenzadas por la furia de nuestros cuatro mil guerreros llenos de ira y revancha, mi hermano Mangoré cayó bajo la espada traidora de un español.

Que los dioses de mi tierra arrastren al asesino hasta donde nadie nunca es feliz.

Ahora yo, Siripo, soy el jefe del pueblo Timbú.

Y mi primera decisión es tomar como esposa a Lucía Miranda, la extranjera que causó más daños que la peste a mi pueblo y a quien debo la horrenda muerte de mi hermano Mangoré.

Desde este día, Siripo es el único señor de estas tierras, de uno y el otro lado del río que lleva el nombre del cacique Carcarañá.

Y no se admiten extranjeros.

## ESCENA NUEVE

### *RUY DÍAZ SIGUE ESCRIBIENDO*

**RUY DÍAZ** – *“Triste día para los hombres de Sebastián Caboto. Pero más triste destino para Sebastián Hurtado, el piadoso y valiente esposo de Lucía Miranda. ¿Quién podía sospechar que los cuidados que con amorosa piedad esta fiel cristiana, espejo de las virtudes, ofrecía al salvaje Mangoré, habían sido tan malinterpretados? La afrenta del cacique timbú y su ataque sangriento no sólo habían segado la vida del propio agresor enamorado, sino que sin saberlo, habían colocado a Lucía Miranda y Sebastián Hurtado en el camino del martirio. Un martirio que los convertiría en las primeras leyendas de esta nueva colonia española”.*

Creo que el estilo es conciso y elegante. Claramente no puedo competir con los letrados salidos de Salamanca, porque poco pude estudiar en estas latitudes, pero no me faltaron buenas lecturas y la voluntad de dejar mi nombre impreso, junto a los nobles nombres de los cuales desciende mi familia.

Algunos libros llegan de España, aunque la Santa Inquisición haya prohibido muchos, como las novelas de caballerías.

Claro que yo no voy a ser tan ingenuo como para empezar a ver gigantes y Amazonas, como algunos cronistas hacen por influencia de esas lecturas desencaminantes. Pero me hice de un libro más interesante y divertido. Se llama Don Quijote de la Mancha. ¡Si yo tuviera genio para escribir así! Me ha dejado encantado. Y el autor promete una segunda parte. Quién sabe si podrá pasar los controles de la Inquisición. En fin, que el autor, un tal Cervantes, que en pluma no le llega ni a los pies al divino Lope de Vega, dice en su libro que todo caballero debe tener una dama a quien ofrecerle sus victorias y sus desvelos. Pues yo he creído también que, aunque lo mío sea un relato de hechos verdaderos, era necesario introducir en él un elemento que llamara a la belleza y resaltara la virtud. Pero debe ser el martirio el que asegure la inmortalidad de este personaje.

No hay como morir mártir para ser divinizado.

Dicen los que estuvieron que la caída del fuerte Sancti Spiritus no fue para nada valerosa, que los españoles huyeron apenas se vieron venir a la indiada, y que el primero que puso pies en polvorosa fue el capitán Gregorio Caro, a quien Caboto había encargado el cuidado del fuerte. Pero esto no puede escribirse,

o nunca publicarán mi relación en España. Además, ¿quién me va a desmentir? La historia la escriben los que ganan, y es indispensable estar de su parte.

Total, aquí en las nuevas Indias, ya se vio quién ha ganado.

## **ESCENA DIEZ**

*ESTO NO ES UN TEATRO*

### **DOS MUÑECOS DE CARTÓN, SEBASTIÁN HURTADO Y LUCÍA MIRANDA, RUEGAN PIEDAD A SIRIPO**

**HURTADO** –Gran cacique Siripo, en recuerdo de la paz que nos tenía su hermano, perdóneme la vida y déjeme vivir como su servidor en su pueblo.

**SIRIPO** -¿Para que me ande mirando a Lucía, que antes era su mujer y ahora me pertenece? Tonto habría de ser si creyera que no va a intentar nada. Mejor se lo doy de comer a los yacarés que encontrármelo a la puerta de mi casa.

**LUCÍA** –Siripo, mi señor. Por el recuerdo del amable Mangoré, que estuvo a punto de abrazar mi religión cristiana, tené piedad de quien fue mi marido.

**SIRIPO** –Mi hermano Mangoré estuvo a punto de abrazarte a vos, que para eso atacó el fuerte y destripó a varios de los tuyos. Pero el muy atropellado se dejó matar por la espalda, seguro que te estaba mirando y le quitaste el entendimiento.

**LUCÍA**- Señor Siripo, si dejás con vida a este hombre y le permitís que te sirva, yo voy a ser tu esposa leal y jamás voy a mirar a otro que no seas vos.

**SIRIPO** – Eso lo vas a tener que ser aunque a éste lo descueremos y lo pongamos de alfombra a la entrada del pueblo. Pero por darte el gusto nomás y para que no digas que soy menos que Mangoré, lo voy a dejar con vida.

### **SALE SIRIPO. LOS MUÑECOS DE LUCÍA Y SEBASTIÁN HABLAN ENTRE SÍ**

**LUCÍA** -¿Para qué volviste, Sebastián? ¿No ves que el fuerte y las casas fueron

destruídos? Nada queda de lo que tuvimos, y los valientes que debían protegernos escaparon como cucarachas hacia los barcos. Una de las naves logró zarpar, pero la otra quedó encallada y los hombres de Mangoré la incendiaron. Merecido se lo tuvieron por cobardes.

**HURTADO** - ¡No hables así Lucía! Un soldado español nunca huye.

**LUCÍA** - ¿Ah no? ¿Y qué hicieron el capitán Gregorio Caro y sus hombres? ¿Ir a buscar refuerzos a España?

**HURTADO** – Eso nadie lo debe saber.

**LUCÍA** – Se encargará quien escriba la historia. O sea el que gane.

**HURTADO** – Vine para estar cerca de vos.

**LUCÍA** – Pues parece que yo ya tengo otro marido. Tiene menos ropa que vos, pero es más limpio.

**HURTADO** - ¿Qué estás diciendo? ¡Te saliste del libreto!

**LUCÍA** – Estoy harta de declamar el papel de la esposa virtuosa y doliente. O te adaptás a los cambios o ya sabés lo que te espera con Siripo.

**HURTADO** -¡Lucía! ¡Lucía! ¿Cómo pudiste olvidarme?

## **ESCENA ONCE**

*LA PESADILLA DE SIRIPO*

**SIRIPO ESTÁ DORMIDO EN LA SELVA, QUIZÁS POR LOS VAPORES DE LOS RITOS DEL CHAMÁN. SE LE APARECE EL FANTASMA DE MANGORÉ Y LE HABLA**

**FANTASMA DE MANGORÉ** - ¡Siripo! ¡Hermano Siripo! ¡Despertate!

**SIRIPO** - ¡Hermano Mangoré! ¡Has vuelto!



**FANTASMA** – No Siripo. Yo estoy muerto.

**SIRIPO** – Entonces, ¿para qué me llamás cruzando la barrera que separa a los vivos de los muertos, y que custodian los yaguaretés pintados?

**FANTASMA** – Siripo, cuidate de los españoles. Cuidate de Lucía Miranda.

**SIRIPO** -¿Existe ese lugar que ella te decía? ¿Venís de allá?

**FANTASMA** – No existe nada, Siripo.

**SIRIPO** - ¿Cómo que no existe nada? ¿Y vos entonces, de dónde salís?

**FANTASMA** – Estoy en tu mente, Siripo.

**SIRIPO** - ¿Has vuelto para vengarte?

**FANTASMA** – Si es cierto que vos me mataste, vos mi hermano, cuando atacá-  
bamos el fuerte de los españoles, entonces vas a tener que pagar mi muerte. El  
precio lo vas a poner vos mismo.

**SIRIPO** - ¡Mangoré! ¡hermano! ¡Esa mujer me cegó!

**FANTASMA** – Ciego seguís en tu vida como ciego yo soy en la muerte. La ambi-  
ción y la envidia te movieron Siripo. Pero cuidado. Otros pueden usar tu ceguera  
para robarnos los recuerdos. Ahora te toca a vos cuidar al pueblo Timbú. No  
dejés que nos engañen, hermano. No dejés que ellos escriban la historia.

No dejés

Siripo

No dejés

**EL FANTASMA DE MANGORÉ SE DESVANECE Y SIRIPO SE DESPIERTA**

**ESCENA DOCE**

*A LUCÍA MIRANDA LA PERDIÓ SU BELLEZA*

**RUY DÍAZ** – *“Copiosas eran las lágrimas que la bella Lucía derramaba a escondidas por la suerte de su marido Sebastián, que convertido en esclavo del desalmado Siripo, la veía a ella reducida a mujer del salvaje. Pero el fuerte amor que unía a los esposos pudo más, y en los raros momentos en que el cacique timbú se alejaba del poblado, corría la española a los brazos del marido, con quien compartía cuitas y pesares, entre abrazos y besos de encendida pasión”.* ¿Encendida pasión? ¿No será demasiado? No quisiera que la imagen de mujer cristiana de Lucía se viera deformada por el arrebató del deseo carnal.

En fin, algo de condimento habrá que poner en esta relación, o el Duque de Medina Sidonia, aficionado a las lecturas cortesanas y galantes de palacio, lo encontrará insulso y aburrido.

Como en toda historia de amor e injusticia, no pueden faltar la inmolación y el sacrificio. Con un acto digno de la Santa Inquisición voy a condimentar el amor de la pareja cristiana, que vence todas las adversidades aunque sea en el más allá.

**SIRIPO** – Lo sé que esa Lucía Miranda se anda viendo a escondidas con su marido. Ya lo sabía antes de que las arpías de mis otras mujeres me lo vinieran a contar. He aquí la prueba de que la posesión de un cuerpo no significa la posesión de un alma. ¿Hasta qué punto ambos están unidos? ¿Pueden separarse cuerpo y alma en cualquier instante, y vivir distanciados, y mirar con ojos diferentes el mundo alrededor? Entonces esta tierra que siempre fue de los timbúes y ahora es ambicionada por los extranjeros, porque sé que van a volver, y van a traer más hombres, y más armas, y animales espantosos con los que van a arrasar nuestros poblados y van a matar a nuestros niños y se van a quedar con nuestras mujeres. Esta tierra, que habla con las voces de nuestros antepasados y lleva los nombres de nuestros dioses, ¿también va a separar su alma de su cuerpo? ¿Seguirá siendo nuestra aún cuando los invasores la ocupen y la fecunden, le pongan otro nombre y construyan sus casas y sus altares sobre su piel que antes nos cobijaba a nosotros? ¿Qué parte del pueblo timbú quedará tatuada en estas tierras que ya parecen pronunciar otros nombres, nombres extraños a nuestros oídos, no los sonidos del río y la selva, sino sonidos indescifrables que no hablan de los pájaros ni del fuego, sino de quién sabe qué dios vengador y qué ambiciones? ¿Será para los españoles esta tierra como para mí el cuerpo de Lucía Miranda? ¿Penetrarán su entraña brutalmente en busca de un oro que no comprenden? ¿Buscarán su alma en la noche indescifrable, como se sigue la huella de un pájaro en el cielo enmascarado de nubes?

Ah, la mente, el remordimiento, la culpa, el deseo.

¿Cómo vivir en mí sin vivir dentro de mí?

¿Cómo arrancar de mí aquello que contradice mi deseo y sin embargo es su motivo y su linfa? Mangoré, hermano mío, ¿será verdad que te he matado?

Ya sé que Lucía me engaña. Me engaña aunque no me hubiera engañado. Me estaba engañando siempre, como engañó a mi hermano Mangoré con sus palabras incomprensibles llenas de miel venenosa. Ella misma es un engaño. ¿Qué mujer puede vivir en un mundo ajeno sin volverse loca? ¿Qué hombre puede ser tan loco como para pretender poseer un cuerpo sin alma?

¿Qué otra cosa puedo hacer yo, sino matarla? Ya ella me ha matado. Con su presencia y con sus palabras, que serán las nuevas palabras que van a ponerles nombres a todas las cosas de lo que fueron mi hogar, mi río, mi selva, mi pueblo y mi historia. Ella ha ganado una batalla invisible. La batalla del más fuerte, la que siempre se gana sin que nadie pueda detener esa mano que escribe la historia.

¡Que quemen a Lucía Miranda!

¡Que aten a Sebastián Hurtado a un palo y lo atraviesen de dardos y de flechas!

Si todas las muertes son inútiles, que al menos éstas dos sean espectaculares.

## **ESCENA TRECE**

*EL CHAMÁN TAMBIÉN LE DA*

**EL CHAMÁN BEBE SUS BREBAJES Y ENTRA EN TRANCE. BAILA UNA DANZA ENLOQUECIDA HASTA CAER DESMAYADO**

**CHAMÁN** – Ay el río sagrado, ay el río

Ay la selva sagrada, ay la selva

Ay mi pueblo timbú, ay mi pueblo

Padre Ñamandú, ojos que todo lo ven, espíritu de la lluvia

Tierra de mis antepasados, hablame

Decime cuál es nuestra suerte,

Qué nos espera

Atrás de esas caras blancas, qué se esconde  
Debajo de esas polleras, qué se esconde  
Adentro de ese silencio, qué se esconde

Padre río  
Madre selva  
Hermanos del aire y del fuego  
Escuchen mi llamado

## ESCENA CATORCE

### *EL DURO OFICIO DE ESCRIBIR*

**RUY DÍAZ** – Si serán ladinos estos indios. Se me escapan las palabras aunque no sean sus palabras, sino las mías. ¿Son mías?

No sé si las palabras siguen siendo mías una vez que están escritas. Me parece que las oigo antes de que se vuelvan de tinta. ¿Soy yo el que las pronuncia?

*“Siripo, preso de una rabia infernal al descubrir la traición de la española, mandó que se armase una gran pila de madera sobre la cual se puso a Lucía Miranda y la prendió fuego. Ella aceptó con gran valor la sentencia y muerte. Al marido le reservó otro tipo de muerte. Lo ataron de pies y manos a un algarrobo, y le lanzaron dardos, primero, y luego, flechas hasta que lo mataron”.*

¿No sonará un poco melodramático? En todo caso, en cuanto se pongan de moda los sentimentalismos, sin duda éste será un material ideal para los autores de novelones lacrimógenos. Además, qué mejor piedra fundacional de las nuevas colonias que el sacrificio de una inocente cristiana y su valeroso marido de parte de unos salvajes sin dios. Voy a dar más de una razón para el exterminio de estos pueblos incivilizados, y voy a echar las bases para la construcción de las nuevas ciudades españolas en torno al Río de la Plata.

¿Será verdad que este río lleva hasta las cuencas mismas de la plata y el oro? Si es así, toda esta región que ahora me parece tan inhóspita debería llamarse región argentina, por el brillo y la riqueza que le darán los lingotes traídos desde el virreinato del Alto Perú.

¡Ah, cómo cansa inventar la verdad!

## **ESCENA QUINCE**

*EL CHAMÁN SIEMPRE TIENE ALGO PARA DECIR*

**RUY DÍAZ SE QUEDA DORMIDO Y SUEÑA. EN SU SUEÑO ENTRA EL CHAMÁN. RUY DÍAZ LO MIRA CON CURIOSIDAD**

**RUY DÍAZ** - ¿Y vos quién sos?

**CHAMÁN** – Para usted, nadie.

**RUY DÍAZ** - ¿Ah sí? ¿Y para los demás? ¿Sos alguien?

**CHAMÁN** – Fui alguien, en mi pueblo. Ahora soy nadie. Y durante mucho mucho tiempo voy a seguir siendo nadie.

**RUY DÍAZ** – Ya veo.

**CHAMÁN** -¿Usted ve? ¿Qué cosa ve? ¿Lo que sucedió o lo que usted se inventó?

**RUY DÍAZ** – Nuestro dios nos dijo que adonde fuéramos lleváramos su palabra.

**CHAMÁN** – ¿Y también que se quedaran con lo que pertenecía a los otros? Usted sabe muy bien que en las primeras expediciones españolas no venían mujeres. Inventó a esa Lucía Miranda, eran los españoles los que se apoderaban de las mujeres indígenas. Usted está escribiendo mentiras don Ruy Díaz, y esas mentiras van a contaminar la historia de estas tierras. Las mentiras tienen las patas cortas.

**RUY DÍAZ** – Pues en este caso van a tener las patas muy largas, tan largas que van a atravesar los siglos. Hay cosas que no se pueden contar, y la historia debe hacer grandes a los grandes, y aplastar a los débiles. Mi historia va a inspirar a grandes poetas y dramaturgos.

**CHAMÁN** – Los poetas no saben lo que escriben. Y los dramaturgos son seres inflados de palabras que les bailan adentro como insectos locos. El mal de estas mentiras va a llegar todavía más lejos don Ruiz Díaz, usted debería enmendarse y decir la verdad sobre el pueblo timbú.

**RUY DÍAZ** – Naturalmente no puedo hacerlo. ¿No te das cuenta Chamán? Estoy echando las bases de la historia que va a sostener la victoria de los europeos por sobre todos los salvajes de estas tierras. No hay nada que hacer, ni tu magia ni tus presentimientos pueden detener el destino, Chamán. Ustedes son parte de un pasado que es necesario cambiar para levantar el mundo del futuro, y en el futuro ustedes no tienen lugar.

**CHAMÁN**- Quien cambia el pasado está envenenando el futuro.

**RUY DÍAZ** – No sé por qué estoy hablando con un indio.

**CHAMÁN** – A lo mejor porque su abuela Leonor era una india guaraní.

**RUY DÍAZ** – ¡Cállese la boca, indio infiel y pagano! ¡Quién sos vos para hablar de mi familia!

**CHAMÁN** – Ya se lo dije don Ruy Díaz: yo no soy nadie. Apenas una pesadilla.

## **ESCENA DIECISÉIS**

*SOMBRAS NADA MÁS*

**ENTRAN LOS FANTASMAS DEL CHAMÁN, DE MANGORÉ Y DE SIRIPO.  
CLAVAN ANTORCHAS EN LA TIERRA DESOLADA**

**CHAMÁN** – ¡Ay ay ay mi suerte mala! Ay mi pueblo y su gente, ay mi tierra, ay las mentiras. ¡Ay, ñaña po'a! ¿Qué va a hacer mi alma sin casa y sin amigos? ¿Qué va a hacer mi gente? ¿qué van a hacer nuestros recuerdos?

**SIRIPO**- Habrá un pueblo nuevo que tratará de recordar los recuerdos que le fueron robados. Y en ese pueblo volveremos los timbúes, los tehuelches, los atacamas, los guaraníes, los aymarás, los chanés, los charrúas, los chiripas,

los chorotes, los chulupís, los comechingones, los diaguitas, los calchaquíes, los huarpes, los kollas, los lules, los maimaráes, los mapuches, los mocovíes, los ocloyas, los omaguacas, los onas, los pampas, los pehuenches, los pilagás, los cainguás, los puelches, los quechuas, los querandíes, los ranqueles, los sanavirones, los tapietés, los tastiles, los tobas, los tonokotés, los tupís, los vilelas, los maticos, los yaganes.

**MANGORÉ-** Aquí vivieron los timbúes, aquí amaron y pelearon hasta quedar sin casa y sin piel. Y en toda esta extensa tierra que era nuestra se fueron los abipones, los guisnay, los aguilotos, los ataláes, los axostinés, los bohanes, los cainaróes, los calcines, los carcarañáes, los casutinés, los chantes, los cocolotes, los corondas, los esistinés, los gualachíes, los guamalcas, los guaxastinés, los ipas, los jaaukanigas, los kaingang, los mataguayos, los mataráes, los mba-yás, los mepenes, los minuanes, los mocoretáes, los ocoles, los omoampas, los oristinés, los payaguáes, los pazaines, los querandíes, los quiloazas, los tambostinés, los tapes, los noctenes, los testas, los toquistinés, los vacaas, los yaros, los yecoampas.

**CHAMÁN-** Los amanatas, los apanatas, los capayanes, los chichas, los chirimanos, los churumatas, los estyobalos, los gaipetes, los haush-manekenks, los jujuyes, los olongastas, los opras, los osas, los palomos, los paypayas, los pulares, los tactacas, los tilcalaisos, los tucumanastas, los yacampis, los quilmes.

Adiós.